

# REPUBLICANISMO Y AMERICANISMO: SARMIENTO Y LA NACIÓN CÍVICA

**Susana Villavicencio**

## **Resumen**

En América del Sur, la República se impone en la mayor parte del continente luego de la ruptura del vínculo colonial bajo la influencia de las grandes revoluciones de Estados Unidos y de Francia y en un clima de ideas en el cual la República aparece como algo más que un régimen político entre otros, representa el sistema terrenal llamado a llenar las aspiraciones más elevadas de la condición humana.

Desde esta perspectiva, recorreremos la formulación de la idea de la nación adjetivada *civilizada* y *cívica* en el discurso político de Domingo F. Sarmiento. En tanto miembro destacado de las élites ilustradas del siglo XIX argentino, su discurso es representativo de este *filosofema* republicano, sostenido por esas mismas élites frente a otras formas políticas que, en un momento de confrontaciones violentas y luchas inacabables, eran vistas como una continuidad del orden colonial o como límites "naturales" al proceso de civilización.

**Palabras clave:** Ciudadanía; Republicanismo; Nacionalidad.

En América del Sur, la República se impone en la mayor parte del continente luego de la ruptura del vínculo colonial. A excepción de Brasil, colonia de dominio portugués que luego de la independencia mantiene la monarquía hasta 1889, el fin del sistema colonial se produce en la América española bajo la influencia de las grandes revoluciones de Estados Unidos y de Francia, en un clima de ideas en el cual la República aparece como algo más que un régimen político entre otros, representa el sistema terrenal llamado a llenar las aspiraciones más elevadas de la condición humana. El siglo XIX ha dejado atrás las disputas onto-teológicas de la política y se encuentra de lleno en un momento de legitimación de los sistemas políticos que tienen, en última instancia, base en el derecho natural que concibe a los individuos libres e iguales y en el contrato como nueva representación del lazo social.

Podemos distinguir, entonces, dos aspectos que constituyen asimismo la peculiaridad del establecimiento de la República

en América del Sur. Por una parte, la necesidad de restablecer el orden político luego de la independencia de España implicaba no sólo el reemplazo de un régimen político que había caducado, sino también la de formar la nación en el antiguo territorio del virreinato. En esa construcción de la nación -con la dimensión imaginaria que contiene- la República aparece como una "autocomprensión histórica" del proceso que se vivía en América y de las identidades políticas que se estaban gestando. En efecto, en el discurso de las élites ilustradas del siglo XIX argentino, se plasma una representación del lugar de América en el proceso general de civilización, y de la República como modo de incluirse en esa etapa de evolución de la humanidad.

Nadie discute hoy la dimensión imaginaria que encierra el concepto de nación y que amplía la perspectiva de análisis histórico o sociológico con la incorporación de la producción simbólica. Aún más, desde un punto de vista filosófico, como sostiene Jacques Derrida, la afirmación de una nacionalidad es lo que se conoce como filosofema. Esto significa que una identidad nacional nunca se presenta como un carácter empírico o natural, sino que "la auto-identificación nacional tiene siempre la forma de una filosofía que por ser representada por tal o cual acción, no deja de ser una cierta relación a la universalidad de lo filosófico" (Derrida 1987:29). El famoso Discurso a la Nación Alemana de Fichte, escrito en 1806, es representativo de esa relación no empírica al mundo; éste es a la vez un discurso universal en potencia que se encarna o que está localizado en una nación particular. Por otra parte, las definiciones de la nación no se han producido en abstracto sino que han surgido como respuestas políticas ante situaciones de defensa o de riesgo, como lo corrobora el ya citado texto de Fichte escrito después de la derrota de Prusia contra Napoleón. Podemos admitir, entonces, que la idea de una nación republicana, adjetivada civilizada y cívica, aparezca como un filosofema que recorre las reflexiones de las élites políticas en un momento de confrontaciones violentas e inacabables, y que sea sostenida por esas mismas élites frente a otras formas políticas que representaban una continuidad del orden colonial o límites "naturales" al proceso de civilización.

En efecto, esa autocomprensión republicana de la nación chocará con recurrentes dificultades para la efectiva institución

de la República. Como escribe con fuerza retórica Botana, “esas vertientes de la tradición republicana se volcaban en la Argentina sobre un paisaje poco feraz” (Botana 1991:201). Al fracaso de las constituciones “iluministas” de los unitarios argentinos, se suceden años de luchas y anarquía seguidos de la tiranía, como se calificó entonces al gobierno de Rosas. La fundación de la república en 1853 llega al final de un largo recorrido marcado por la violencia, las mutuas proscipciones y las continuas amenazas de disolución. Estos obstáculos interpretados en clave de oposición entre “barbarie y civilización” o bien entre “república real” y “república posible”, para retomar las célebres fórmulas de Sarmiento y Alberdi, expresan el sentimiento de esos sectores dirigentes que, adhiriendo a las fórmulas de igualdad y de libertad política esenciales a la concepción republicana, no hallaban en el “pueblo real” sino un obstáculo a sus propias convicciones. Es por lo mismo que la intervención “desde arriba” será un elemento distintivo de esa concepción de la república. Retomando la formulación de Halperín Donghi<sup>1</sup>, la Argentina será un caso ejemplar del intento de realizar la nación a partir de los proyectos concebidos por las mentes de sus clases ilustradas, que justificaban su intervención en la claridad y la racionalidad de sus propuestas (Halperín Donghi 1995:15).

La consecuencia de ese lugar de las élites en la instalación del modelo republicano en América del Sur será un desacople inicial entre la adhesión a un sistema de ideas que proponía la soberanía popular como fuente de la legitimidad política y la descalificación del pueblo real para cumplir con ese lugar asignado en las teorías del contrato. De allí que el republicanismo sea en la Argentina una tradición ambivalente,

---

<sup>1</sup> Este reconocido historiador argentino es quien ha planteado con más fuerza esa pretensión de las élites de constituirse en guías del nuevo país, y de justificarse en su acción política en la idea que la nación argentina “antes que el resultado de la experiencia histórica atravesada por la entera nación en esas décadas atromentadas” debía formarse a partir de los modelos previamente definidos por los que tomaban a su cargo la tarea de la conducción política”. Este rasgo particular que puede asignarse a los republicanos argentinos se halla reproducido en el accionar de las élites políticas de otros países americanos, ver José Murilo de Carvalho, *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que nao foi*, 1994 y *La formación de las almas, el imaginario de la República en el Brasil*, Universidad Nacional de Quilmes, 1997; Fernando Escalante Gonzalvo, *Ciudadanos imaginarios*, El Colegio de México, 3a. ed., 1998.

en tanto ha quedado vinculada a las prácticas de exclusión que caracterizaron la “república restringida”. Son reiteradas en el discurso político del siglo XIX las expresiones de ese defasaje. José Ingenieros sostenía aún en 1918, en *La Evolución de las ideas argentinas*, comentando los postulados sociológicos de Alberdi: “la república no era una verdad de hecho en la América del Sur porque el pueblo no estaba preparado para regirse por este sistema, superior a su capacidad” (Ingenieros 1957:71). Dicho de otra manera, se necesitaba pasar por una república posible –centralizada y tutelar- para llegar a una república real donde la libertad política se realizara plenamente.

La comparación entre los ideales republicanos y las prácticas efectivas que los gobiernos republicanos han llevado adelante ha tenido siempre como resultado expresiones pesimistas ya que en pocas ocasiones la república ha encarnado aquellos principios de libertad e igualdad sobre los que pretendía basarse. Por el contrario, muchos proyectos que inicialmente se quisieron republicanos fueron acercándose en la práctica a propuestas conservadoras. El motivo de este trabajo no es, sin embargo, constatar las dificultades que los proyectos encontraron en su implementación, lo que correspondería a la historia institucional de la república, sino interrogarnos por las representaciones que tenían de la república aquellos que tomaron como misión el implantarla en estas tierras.<sup>2</sup> La historia política, pensamos, es también la historia de sus conceptos que conjugan en la determinación de sus límites las certezas y las incertidumbres, las fuerzas y las debilidades que gobiernan la acción y la imaginación de los hombres. Comenzamos, entonces, por interrogarnos sobre el sentido que podemos asignar a los discursos de los políticos, como a los análisis de los filósofos, que no cesan de describir la institución y la perpetuación de la República como marcada por el inacabamiento y el riesgo del desorden, o de caracterizar las acciones del pueblo como los “males latinoamericanos” que había que superar.

---

<sup>2</sup> Esta línea de desarrollo la propone Claude Nicolet en relación a la República en Francia, al respecto ver *L'idée républicaine en France*, Gallimard, París, 1982 y *La République en France Etat et Lieux*, Seuil, París, 1992. Sobre la historia conceptual hay desarrollos interesantes en los últimos años, ver Reinhardt Koselleck, *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona, 1993; Pierre Rosanvallon, *Le sacre du citoyen*, Gallimard, París, 1992.

## La República como tarea

¿Qué significado tenía la República? ¿Qué representaba en relación al antiguo régimen colonial? ¿Qué filosofía de la historia subyacía a los proyectos de establecer ese sistema político en América del Sur? ¿Qué era, en fin, un sujeto republicano? Las respuestas a estas preguntas pueden articularse en torno a una constatación inicial: la República en América del Sur ha sido la naturalización de un modelo que tenía en las revoluciones americana y francesa sus primeras realizaciones. Si en los inicios de la República moderna en Inglaterra, Estados Unidos y Francia se recurre al modelo antiguo -el de Grecia y Roma o de las repúblicas del renacimiento italiano- para buscar las matrices de pensamiento y el lenguaje que permitieran dar sentido a las nuevas experiencias, la República entre nosotros se introduce primero por la vía de “los libros”, es decir, por las reflexiones de sus filósofos, así como por la influencia directa de las revoluciones que habían marcado la historia moderna.

En el discurso de recepción pronunciado en el Instituto Histórico de Francia, el 1º de julio 1847, Sarmiento distingue por su origen las revoluciones de México y de América del Sur. La mexicana –dice- se mantiene *indígena* en su esencia porque sus líderes son representantes de la raza de los antiguos aztecas que forman las masas populares y Morelos un personaje religioso y político a la vez, como lo es el cura en los pueblos españoles. Por el contrario en el sur del continente, el movimiento seguía un camino inverso, la revolución “descendía de la parte inteligente de la sociedad a las masas; de los españoles de origen a los americanos de raza”. Caracas y Buenos Aires, las dos ciudades con exposición al Atlántico en las que se inicia el proceso de la independencia, “estaban de antemano en contacto con las ideas políticas que habían trastornado la faz de la Europa” y, agrega luego, “ los libros prohibidos andaban de mano en mano, y los diarios de Europa se escurrían entre las mercaderías españolas” (*OC T. XXI:16*).

La construcción de la nación republicana y la consecuente búsqueda de una identidad colectiva que le sirviera de base será, por lo tanto, la tarea explícita de una generación intelectual, la autodenominada “nueva generación” de la cual

Sarmiento y Alberdi son figuras paradigmáticas. Pequeño grupo que reunía la condición de miembros de las clases ilustradas, esta generación contribuyó con los salones literarios que formaron imitando costumbres europeas, a través de su oficio de publicistas que muchos de ellos ejercieron, o por medio de las prácticas de lectura y discusión que difundieron, a generar un nuevo ámbito, un espacio público en el que las nuevas ideas se van introduciendo entre nosotros. De este modo, forman parte de una trama asociativa que constituye el “soporte material” de una nueva manera de concebir el lazo social y la acción política (González Bernaldo de Quirós 1999; Sábató 1998). Ubicados entre un pasado colonial que no debía volver pero de cuyo legado se sentían portadores, abiertos a las nuevas ideas pero críticos de la frustrada experiencia del ensayo rivadaviano que había sido la puerta de entrada a la anarquía y la tiranía de Rosas, proscritos bajo su gobierno, la realidad americana se les presenta como un “enigma”, al decir de Sarmiento, que requiere de los recursos del entendimiento y de la imaginación para comprender y actuar sobre ese desvío que contravenía el desenvolvimiento político de los principios de la razón. Es cierto que esta generación, como dice Halperin Donghi, en parte ecléctica, en parte adhiriendo a un sistema de principios con definiciones nunca completadas, hace una interpretación de la realidad americana desde perspectivas que no tienen una adscripción ideológica precisa. Sin embargo, presentan su idea de la acción política de modo indiviso y sus concepciones tendrán un impacto duradero que va más allá de 1837, de modo tal que muchas de las posteriores concreciones de la nación cívica se conciben como la realización de sus propuestas.

En el discurso de esta generación, la nación surgía de la revolución y como toda revolución era un nuevo inicio que rompía radicalmente con lo anterior. Salida de la “nada colonial”, la nación no podía tener su base en las instituciones y los hábitos ligados al pasado que se pretendía dejar atrás, ni podía tampoco tenerla en la lengua o la cultura nativa, pertenecientes a una naturaleza americana que representaba sobre todo un obstáculo al proceso civilizatorio, ni en la referencia a los actos heroicos de una raza originaria. Si la nación supone una cultura y la cultura arraiga en una tradición, puesto que la tradición que predominaba era la del colonizador había que construir otra. Había que darse una lengua, como

había que darse una cultura que estuviera a la altura del tiempo presente y de la civilización. Ese será también el sentido mismo de la tarea revolucionaria. La República y la nación se conjugaban en esa tarea porque el horizonte de ese nacimiento no era la naturaleza, ni la sangre, ni la raza, sino la promesa que los principios de la libertad política traían a una sociedad confrontada con el desafío de la construcción democrática:

El día siguiente traía su tarea; organizar el gobierno ¿serían Repúblicas? La francesa de 1793 había sucumbido. ¿Serían monarquías Los reyes de España, el uno era imbecil, el otro estaba cautivo. ¿Serían imperios? El grande emperador estaba para escarmiento, atado a la roca en Santa Helena. Despejada la tormenta europea en 1815, iluminado el caos, el mundo político aparece en tres grupos: La Europa continental bajo la Santa Alianza; la Inglaterra liberal y monárquica; los Estados Unidos de América republicanos y federales. ¿Cuál tomará por tipo la América del Sud?" ("La Doctrina Monroe", OC T. XXI:105).

Tal vez por eso la imagen del *desierto* que sirve a la vez como metáfora y explicación de los males que impiden la realización del orden deseado, sea la expresión más clara del sentimiento de esa imaginación histórica. Más allá de la existencia de las grandes extensiones despobladas que caracterizaban el ámbito geográfico, el desierto es esa figuración que presenta Sarmiento en su célebre *Facundo* y que pone en el origen de un sistema de vida social y política marcada por la ausencia de sociabilidad, por la violencia y la autoridad sin ley común. Puesto que, siendo como describe en sus páginas "inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos", no había sino la soledad y el despoblado como límites incuestionables entre una y otras provincias. Entre esos habitantes del desierto, individuos aislados y expuestos a una naturaleza hostil, no había sociabilidad posible. El desierto estará, pues, en el origen de la *barbarie*, esa forma de despotismo igualitario de los *caudillos* que Sarmiento piensa como el mal de la política de su tiempo.

Para construir la nación había que darse, entonces, valores comunes y hábitos cívicos que se correspondieran con el modelo republicano. Si algo va a caracterizar los proyectos de esa generación es el intento de construir el orden político a partir de la negación de lo existente. Entonces, si había que reponer un orden político en el vacío dejado por el colonizador, también había que implantar los ciudadanos que ese régimen

reclamaba como su base social, sujetos políticos autónomos inexistentes en el desolado paisaje de la naturaleza americana. Por eso, a la par de los debates sobre la forma de gobierno se despliega la pregunta acerca de la identidad. Una identidad que “la raza española” en América, ni europeos ni indígenas, se preocupará por develar.

### ***Argirópolis* o el sueño de la república democrática**

Conscientes de las dificultades de la construcción de ese orden político en el marco hispanoamericano, las reflexiones de esta generación giran —explícitamente o no— en torno a las experiencias políticas, intelectuales y sociales vividas por muchos de ellos personalmente y de las que sacan lecciones cuidadosamente meditadas. Las frustraciones de la generación “iluminista” mostraban a las claras la inutilidad del intento de establecer un sistema de principios abstractos y ajeno a la realidad del país, cuyo único resultado habían sido las repúblicas debilitadas e ilegítimas. Los republicanos del 37, confiados en los principios racionales, no podían, sin embargo, negar la historia, los fracasos, las inconsecuencias, las oposiciones. La república que se quiere instaurar será, por lo tanto, producto de las luchas y de los compromisos. Partidario de una filosofía y de un régimen de la libertad, oponiéndose a la violencia de su adversario el despotismo, será con “las armas de la libertad” que Sarmiento podrá defenderse o atacar. Por eso sus escritos —los artículos que escribe como redactor de *El Mercurio* o *El Progreso* en Chile o sus libros, escritos siempre al calor del debate— son parte de la acción política.

En 1850 publica *Argirópolis*, obra que al igual que el *Facundo* fue concebida como una intervención en los conflictos del momento.<sup>3</sup> En el comentario aparecido en la revista de los republicanos franceses *La liberté de penser*, Ange Champgobert previene sobre una mala interpretación de este nombre. No se trata —dice— de una República de Utopía, como la Atlántida de Platón, o la Ciudad del Sol de Campanella,

---

<sup>3</sup> Sarmiento, exiliado en Chile, denuncia en esta obra la situación de “acefalia” de la nación, tras el fracaso de la Constitución de 1826, el predominio de Buenos Aires sobre las provincias del interior y el poder absoluto de Rosas que ejercía como comisionado interino de las relaciones exteriores.



*Argirópolis* “es el nombre expresivo de la futura capital de los Estados Unidos del Río de la Plata”.<sup>4</sup> El comentario, dirigido a sus compatriotas franceses, elogia el proyecto de Sarmiento que destacaba los dos puntales del interés de Europa en América: la inmigración, ya que estas tierras de los márgenes del Plata pueden representar “un lugar para los miles de pobres obreros que mueren de hambre en la vieja Europa”, y en segundo lugar el comercio “que puede aportar millones” para la Francia. Recordemos que Sarmiento fue, junto con Alberdi, responsable del proyecto de poblar estas tierras con inmigración europea, para incorporar por ese medio hábitos laboriosos y actitudes cívicas de los que carecían los habitantes de la región.

En esta obra Sarmiento imagina la reorganización del territorio colonial según el modelo de la República federal norteamericana. Si en esos territorios que se encontraban segmentados y enfrentados se pudieran formar algún día los Estados Unidos de América del Sud, Argirópolis sería su capital. Así, contra la dominación de Buenos Aires, se trataba de fundar una *confederación* y la isla Martín García, situada en la puerta de entrada del Plata, parecía marcada por la Providencia para ocupar ese lugar de capital. Su condición insular alejada de las influencias particulares le permitía conciliar los intereses y la libertad de los estados confederados. Ubicada además en la confluencia de tres ríos, su posición la señalaba de modo privilegiado como el centro material, político y comercial en un país donde faltaban completamente las rutas y las comunicaciones debían efectuarse por los ríos. En esta isla, sostiene enfáticamente Sarmiento “está el destino del Río de la Plata”.

Pero ¿qué significado tiene esta propuesta en la tarea de fundar la República? Si por una parte Sarmiento, desde el exilio, quiere intervenir en el conflicto de influencias entre Buenos Aires y las provincias de la Confederación, por otra, la obra sirve para desplegar el modelo de la República como

---

<sup>4</sup> Ange Champgobert era corresponsal ante *Tribuna* en Chile. En su comentario anuncia la traducción de la obra en francés en el momento en que se iba a discutir nuevamente en la Asamblea Nacional el tratado con el general Rosas y llama a apoyar a los republicanos argentinos, “exiliados hoy, que realizan esfuerzos inteligentes para desarrollar la civilización y la instrucción pública”.

reordenamiento del territorio colonial. En sus argumentos podemos ver obrando los elementos de la tradición liberal, una de las vertientes que nutre el pensamiento político de Sarmiento.

El conflicto encierra la oposición de dos sociedades,

(...) si Buenos Aires se apropia, de esa isla y de la aduana del único puerto, significa el fin de la igualdad de las provincias (...) el interior, al oeste de la pampa, va a morirse de muerte lenta, muy alejado de los ríos y de la costa, donde el comercio europeo enriquecerá las ciudades ya existentes, y donde crearán nuevas, poblando el desierto y desarrollando la civilización (*Argirópolis* 1916:147).

El contraste entre la descripción de la Argentina como el país de las grandes extensiones despobladas con la descripción de esta pequeña isla del Plata rebosante de dinamismo y cuya posición resultaba estratégica en el giro modernizador, es asimismo el contraste entre dos visiones de la vida social. A la quietud colonial se opone la dinámica de una sociedad abierta al comercio y a las influencias externas. En la concepción moderna de la república, el comercio es una forma de la *virtú*. Contrariamente a la idea de la tierra como *estancia*, como confines sin movimiento, como “despilfarro del terreno”, el comercio es la vía de conexión de los pueblos entre sí y de esa forma es vehículo del movimiento civilizatorio.

Toda la vida tiende a transportarse por los ríos navegables, que son las arterias de los Estados. Por ellas arriban de todas partes y se distribuyen en los alrededores el movimiento, la producción, los productos manufacturados; por ellos se improvisarán en pocos años, ciudades, pueblos y riquezas, potencia, ejércitos, ideas (Botana 1997:329).

El proyecto republicano de Sarmiento tiene *como condiciones objetivas* la idea de la división de la tierra, que imagina parcelada y trabajada por los colonos inmigrantes y el comercio como punto de contacto con el mundo moderno.

Pero a estas condiciones objetivas hay que agregar las *condiciones subjetivas*, ya que la república es en definitiva un orden que reposa en la *virtud* de los hombres. Retomando las teorías sobre la influencia del ambiente en los hábitos que ya había desarrollado en *Facundo*, sostiene que “nuestra pampa nos hace indolentes”, o que “el alimento fácil del pastoreo nos retiene en la nulidad”, mientras que “los climas fríos engendran

hombres industriosos” y las costas tempestuosas “crean marinos osados”. Traducidas estas actitudes a la vida social, es el desafío o el afán de vencer dificultades lo que temple el carácter apto para la vida en sociedad. La virtud no es sólo la vocación antigua por la vida pública sino que el hombre *cívico*, aquel que tiene la fuerza de carácter para realizar los valores de lo público en la sociedad moderna, es también un individuo que toma sobre sí los riesgos de la vida. Así, la construcción de las bases sociales que luego serán las bases cívicas de la nación viene de la mano del trabajo y de la iniciativa individual. El momento liberal de la república se cumple en una sociedad cuyo desarrollo y dinamismo reposa en la iniciativa de los individuos. Los trazos del trabajador y del educador que había admirado en sus viajes por los Estados Unidos confluyen en la figura del sujeto político republicano. Botana ubica a Sarmiento en la tensión entre las dos tradiciones rivales en la formación de los sistemas políticos modernos, la liberal, defensora de los derechos civiles y del orden espontáneo que deriva de las acciones individuales, y la republicana, que supone la intervención del Estado en la creación de un sujeto soberano por medio de la educación (Botana 1991:201). Por eso la *educación pública*, institución novedosa de la república cuyas experiencias irá a conocer a Europa y Estados Unidos en 1947 comisionado por el gobierno de Chile, estará en el centro de su proyecto de nación cívica.

Ahora bien, ¿qué es lo que se va a crear en Martín García? o más bien ¿qué es la capital de una república liberal moderna? Sarmiento repasa las instituciones,

El Congreso, el presidente de la Unión, el tribunal supremo de justicia, una sede arzobispal, el Departamento Topográfico, la administración de los vapores, la escuela náutica, la universidad, una escuela politécnica, otra de artes y oficios y otra normal para maestros de escuela, el arsenal de marina, los astilleros, y mil otros establecimientos administrativos y preparativos que supone la capital de un Estado civilizado, servirían de núcleos de población suficiente para formar una ciudad (*Argirópolis* 1916:46).

En primer término las instituciones políticas, porque la construcción de la nación se confunde con la organización del Estado: el Congreso, porque la forma de gobierno es la república representativa, luego la división de poderes que establece los mecanismos de control horizontal de los gobernantes y garantiza la existencia de una justicia autónoma.

En segundo lugar, el arzobispado, la sede del poder eclesiástico que existe en paralelo al poder secular; en tercer lugar el Departamento Topográfico porque es necesario conocer y mensurar la tierra para establecer las fronteras de la nación<sup>5</sup>, pero también la administración de los vapores, porque la república moderna está abierta al mundo, a la inmigración y al comercio. En seguida la educación, que abarca desde la enseñanza de artes y oficios hasta los estudios universitarios. Sarmiento, dijimos, hace de la educación el eje de su proyecto de nación cívica. Si la tendencia de la evolución de la sociedad mundial tenía el signo del desarrollo del capital que se presentaba irreversible, sin educación no había salida para los habitantes de estas latitudes; estarían condenados a ser servidores de aquellos que cuentan con mayores medios para la explotación económica.

De allí que su modelo sea más complejo y se separa del propuesto por Alberdi que, en el marco de la “república posible”, sólo otorgaba derechos civiles e instrucción para los habitantes reservando los derechos políticos para los pocos responsables de la conducción del país. Para Sarmiento no hay república sin educación, por eso también incluye en su proyecto la formación de maestros educando a los extranjeros. Late en el fondo de esta propuesta una tradición más antigua, la de la *vita activa* del republicanismo que exige un ciudadano con hábitos igualitarios y capacidad de juicio autónomo.

A pesar de la apariencia utópica de la propuesta, no se trataba verdaderamente de utopías para Sarmiento. Si bien en sus obras se pueden registrar influencias de los socialistas utópicos como Fortoul cuya frase “on ne tue pas les idées” reproduce en el título de la primera edición del *Facundo* y del mismo Pierre Leroux de quien dice haber seguido su pensamiento sobre la democracia, Sarmiento se diferenció explícitamente de este movimiento. Refiriéndose a su idea de un orden político republicano en América del Sur, dirá “Son sueños, (...) pero “sueños que ennoblecen al hombre, y para los pueblos basta

---

<sup>5</sup> Sarmiento rescata el legado del gobierno español en relación a viajes, exploraciones y expediciones, “un tesoro hay sepultado en los archivos del Departamento topográfico de Buenos Aires”, independiente de los numerosos trabajos publicados por don Pedro A. De Angelis en su *Colección de documentos y el Comercio del Plata*, *Argirópolis* op.cit., p. 68.

que los tengan y hagan de su realización el objeto de sus aspiraciones para verlos realizados” (*Argirópolis* 1916:102). Es más bien la conjunción de utopía y voluntad propia de un individualismo moderno la que aparece en los argumentos nutridos del “espíritu de la época” con los que apoya su propuesta de fusión del territorio colonial. Así, adjudica la tendencia moderna de los pueblos a reunirse en naciones a la ley de la marcha de la especie humana que determina “la reunión por grandes grupos, por razas, por lenguas por civilizaciones idénticas y análogas”, y asimismo recurre a la ciencia económica para mostrar cómo “desde el mecanismo de las fábricas hasta la administración de los Estados grandes masas de capitales y brazos soportan con menos gasto el personal que reclaman”. Con la mirada puesta en la Francia de la Declaración de los derechos del Hombre y del ciudadano, imagina en estas costas donde fluía la inmigración católica del mediodía de Europa que: “así como hay en el Norte una América de tendencias inglesas y protestantes, haya en el Sud una América de tendencias francesas y católicas!” (*Argirópolis* 1916:117). Oponiendo lo universal de la historia al particularismo que derivaba de la fragmentación colonial, Sarmiento se muestra como un hombre moderno.

### **El americanismo, o los obstáculos a la República**

Si en su dimensión universal la república reposaba sobre sólidos principios racionales, en el orden temporal estaba perpetuamente expuesta a la disolución o el inacabamiento. El *republicanismo* representa un conjunto de ideas y valores a defender en lucha con el *americanismo* interpretado como retraso u obstáculo a la instalación definitiva del régimen que encarnaba la razón. Sarmiento lo expresa así en *Facundo*:

(...) el bloqueo francés fue la vía pública por la cual llegó a manifestarse sin embozo el sentimiento llamado propiamente *americanismo* (...) a la par de la destrucción de todas las instituciones que nos esforzamos por todas partes en copiar de la Europa, iba la persecución del frac, a la moda, a las patillas, a los peales del calzón, a la forma del cuello del chaleco y al peinado que traía el figurín; a estas exterioridades europeas se substituía el pantalón ancho y suelto, el chaleco colorado, la chaqueta corta, el poncho, como trajes nacionales, eminentemente americanos (*Facundo* 1927:318).

Cabe remarcar el deslizamiento entre las nociones de *civilidad* de las costumbres y la *esfera cívica*, representada por las instituciones políticas que dieron pie a las críticas de europeísmo hechas con frecuencia a Sarmiento. La *civilidad* tiene un doble significado, por una parte se refiere a la amabilidad, la honestidad en el trato y supone códigos de urbanidad que evolucionan según los valores sociales, por la otra, se refiere a relaciones que indican la pertenencia a una comunidad política fundada sobre la libertad y la igualdad. Así la *civilidad* es un componente de la *civilización* y, en el marco del pasaje de la sociedad colonial a la moderna, era expresión de las nuevas formas de representación del lazo social fundado en la ciudadanía y en el reconocimiento de una ley común (González Bernaldo de Quiróz 1999:34). En 1852, dice en ocasión de una Memoria presentada al Instituto Histórico de Francia:

Abrid nuestras constituciones, nuestro derecho civil! ¡El extranjero no existe! ¡las razas no existen! ¡las clases no existen! ¡La Nación la constituyen actos deliberados del pueblo, representado en asambleas, y hay de sus bases y condiciones constancia escriturada, porque es la inteligencia y la voluntad las que constituyen la asociación y no la tierra ni la sangre. Si todas nuestras leyes no obedecen a esta ley suprema, es que algo queda de la colonia, de las malas tradiciones antiguas y de los hábitos no regenerados (OC T. XXI:106).

Siguiendo los trazos descritos por Sarmiento en *Facundo*, el *americanismo* es la interpretación del “modo de ser de un pueblo”, y es su hipótesis sobre el *momento* político que impedía la unificación de la nación y la legitimación de un orden. En consonancia con los postulados de Guizot según los cuales lo social explica lo político, buscará las claves del atraso y la desorganización política en la cultura que se había desarrollado entre los hijos de la raza española en América. En primer lugar, esta cultura política modelada por los hábitos coloniales estaba condenada irreversiblemente a ser superada por la civilidad, porque “es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen sobre las tradiciones envejecidas, los hábitos ignorantes, las preocupaciones estacionarias”. El pasado colonial es para Sarmiento un mundo cerrado sobre sí mismo, ajeno al proceso de civilización, y si bien su mirada encierra cierta nostalgia bien retratada en *Recuerdos de Provincia*, el legado hispánico opera como una pesada carga que retiene al pueblo en la inmovilidad por su lengua (recordemos que entre otras cosas Sarmiento se

ocupó de una reforma ortográfica) por sus instituciones religiosas, por el rechazo a lo extranjero, por los hábitos de aceptación de la autoridad indiscutida (Halperín Donghi 1994; Altamirano, Sarlo 1983). Mirada desde la perspectiva universalista de la *civilización*, la versión española de la “raza europea” representaba para Sarmiento el fracaso más rotundo de los principios de la modernidad.

Pero el *americanismo* no era solamente la persistencia de lo hispánico que actuaba como lastre en la cultura, era un producto nuevo de estas tierras, era “un orden de cosas, un sistema de asociación característico” que Sarmiento juzga único en el mundo y que utiliza para explicar el sentido de la revolución en el país. Es conocida la hipótesis del *Facundo*, en este libro polémico escrito desde la urgencia política hay una primera formulación del drama nacional:

La guerra de la revolución argentina ha sido doble: 1º, guerra de las ciudades, iniciada en la cultura europea, contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura; 2º, guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil, de devolver su carácter y su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles, y las campañas de las ciudades. He aquí explicado el enigma de la revolución argentina (*Facundo* 1927:100).

Las dos sociedades que habían existido sin conocerse, extrañas una a la otra en el período colonial, se encuentran en la revolución. Una, la *civilización* colonial afincada en las ciudades tenía los elementos de los pueblos cultos –escuelas, tiendas de comercio, juzgados, talleres- la otra, (in)civilizada, “americana, casi indígena” era propia del hombre de campo, con otros hábitos, otros trajes, otras necesidades. Su *gaucho* es el opuesto exacto del hombre industrial y civilizado europeo. La acción política espontánea de ese grupo de hombres sometidos al mando exclusivo de un jefe irrecusable es el igualitarismo despótico, que Sarmiento evalúa como el efecto de los principios igualitarios de la revolución expandidos en un ambiente inapropiado. El *americanismo* es, entonces, una conjunción de sentimientos y costumbres que mantienen al pueblo en el atraso y que son la base de la acción política de los *caudillos*.

En su relato, la figura de Rosas, el dictador, representa la política de la campaña enclavada en la ciudad. Rosas tornaba en política oficial aquello que en los caudillos había sido una

reacción espontánea. Sin embargo, lo que aparecía como un ascenso inevitable que Sarmiento compara con el de Napoleón era igualmente un instrumento de la providencia, esa revelación de la fuerza de la historia en los hechos humanos. Rosas había servido para alcanzar la unidad de la nación que habían querido los unitarios. Lograda la unidad, sólo restaba liberarse del tirano.

Al final de su escrito, cita a Víctor Cousin en sus lecciones de 1828:

Après avoir été conquérant, après s'être déployé tout entier, il s'épuise, il a fait son temps, il est conquis lui-même: ce jour-là, il quitte la scène du monde, parce qu'alors il est devenu inutile à l'humanité (*Facundo* 1927:321).

Porque el "gran hombre" no es un individuo: es aquel que representa mejor los intereses, las ideas, las necesidades de los hombres de su tiempo.

## **América en la historia**

Si el estado en que se encuentran las repúblicas en América del Sur le resulta desolador porque sólo se han alcanzado repúblicas débiles y deslegitimadas, sin embargo en su concepción América es una sola y tiene una misión fundamental en la historia de la civilización. Sarmiento, en ese mismo discurso, llama la atención de los hombres que estudian las causas del progreso o la decadencia de las naciones haciendo dos consideraciones sobre América. Primeramente, señala la unidad de América dada por la lengua y las tradiciones europeas que se prolongan a lo largo de todo el continente. Así sostiene que:

(...) la América del Sur es europea como la del Norte, y los idiomas, las creencias y las tradiciones e ideas de la Europa, se dan la mano por una serie de poblaciones desde Patagonia hasta el Canadá (*OC T. XXI*:12).

En segundo lugar, estos nuevos Estados tienen condiciones que los favorecen, a pesar de sus propios desaciertos, y están llamados al rápido desarrollo de los pueblos que los habiten y a ocupar un lugar en la escena política de la tierra. En su proyecto, América tiene como misión en la marcha común de la



humanidad desarrollar las ideas que inventó Europa. En efecto, esta nueva tierra fecunda a los principios de la libertad, cuyos territorios reúnen condiciones inestimables para el desarrollo de sus pueblos, representa el futuro de la República.

¿En qué se basa esa superioridad de América? ¿De qué condiciones depende su futura influencia en el concierto de las naciones desarrolladas? Sarmiento despliega su visión negativa de la “vieja Europa”: critica con vehemencia la solución mixta de los liberales doctrinarios franceses que juzgará conservadora, se conmueve frente al espectáculo de las masas empobrecidas que deambulan por las ciudades, ironiza sobre “accidentes locales” que han sufrido los principios de la libertad, como la aristocracia inglesa.

En el mundo moral, la América aparecía de modo providencial a la hora para salvar del inevitable naufragio a las grandes ideas sociales, políticas y religiosas que el Renacimiento había hecho surgir en Europa y que habrían perecido faltas de aire para desarrollarse (“Espíritu y condiciones de la historia en América” (1858) 1928:36).

Sarmiento, al igual que Tocqueville, ve en América el terreno en el que se cumplen las promesas de la democracia. Así, frente a los errores de la vieja Europa, las nacientes repúblicas americanas se presentan como democracias independientes, o bien, como nuevas democracias en cuyas instituciones se ejercen las leyes y de las libertades inglesas.

Esas instituciones se fundan en la industria que asimila la materia y la hace parte integrante del individuo, con la posesión de la ciencia y los descubrimientos humanos aplicados en gran escala y al alcance de todos,

En la desaparición de la fuerza como elemento de orden,

En la educación primaria, que facilita el desenvolvimiento de las capacidades de todo ser humano que las posea.

En la abundancia de terrenos que permita absorber la población que crece (...) América absorbe la población que Europa deporta, expatria, y nutre la república con su pensamiento (OC T. VI:16).

Estos mismos valores orientan para Sarmiento el pasaje de la *barbarie* a la *civilización* en América del Sur. Si América es una sola, sin embargo en el presente está desdoblada y la misma raza europea ha dado lugar a desarrollos diferentes. Este defasaje es determinante tanto de sus inquietudes políticas

como de su comprensión histórica. Interrogante que insiste en distintos momentos de su obra, que toma diferentes formulaciones, que indaga en distintas teorías o que confronta de diversos modos con la realidad. ¿Cómo es que pueblos saliendo de la misma estirpe europea, ensayando organizaciones sociales en la nueva tierra, “deseando y pudiendo hacer el bien no han producido sino una larga e interminable cadena de males?” Por el contrario, la otra porción de la familia europea instalada en el Norte “trastorna en pocos años los cómputos establecidos sobre el acrecentamiento de las Naciones y los Estados civilizados y antiquísimos” (OC T. XXI:13).

Sin embargo, esta confrontación de la realidad de las dos Américas, no lo convierte en un ciego imitador. La república moderna que se estaba gestando en América del Norte es un *momento* en el orden temporal de la República que la América del Sur continuará a su tiempo. En un discurso pronunciado en la sociedad histórica de Rhode Island, el 27 octubre de 1865 titulado “La Doctrina Monroe” pone a la historia como base del desenvolvimiento de la República:

No os pedimos indulgencia sino justicia para la América del Sud. Sólo el tiempo necesario para que cada causa produzca su efecto (...) Los Estados Unidos pusieron diez años en hacer la guerra de la Independencia y cuatro en la de la esclavitud. Como nosotros hicimos las dos cosas a un tiempo, pusimos quince. Estamos a mano (...) vosotros no habéis hecho la guerra para establecer la libertad de conciencias que la Inglaterra hizo por vosotros en un siglo de horrores, de persecuciones y de destierros por millares. Vosotros sois el resultado de esa guerra (OC T. XXI:229).

Esta referencia a la historia nos sirve asimismo para hacer una reflexión final. Al decir de Nicolet, la República estaba a la vez en la historia y fuera de ella. Los obstáculos en la construcción de la república y en la formación de la ciudadanía dependen de la condición temporal; las ideas de libertad e igualdad que daban sustento racional a esa forma política representaban, por el contrario, el más alto logro de la humanidad. Confrontado a la realidad de Sud América, se trata para Sarmiento de construir una sociedad posrevolucionaria, en proximidad con los modelos franceses leídos en Cousin y en Guizot, en un primer momento, siguiendo la experiencia de la República Norteamericana, después. Esto supone traer a lo real las ideas y los principios: el Estado-nación, principio de centralización en

el orden temporal, y la libertad y la igualdad, principios de despliegue del espíritu humano en el orden espiritual. Principios que son contrarios pero que se conjugan en el gobierno representativo, en el cual se realiza históricamente la esencia de la civilización. La historia tiene, en ese sentido, una dirección ineluctable porque es la realización de una idea.

## Referencias

**Altamirano, C., Sarlo B.** (1983) *Ensayos Argentinos de Sarmiento a la vanguardia*, CEAL, Buenos Aires.

**Botana, Natalio** (1987) *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana.

**Botana, Natalio** (1991) *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana.

**Derrida, Jacques** (1987) "Nacionalidad y nacionalismo filosófico" en AA.VV., *Diseminario. La deconstrucción, otro descubrimiento de América*, Montevideo, XYZ Ediciones.

**González Bernaldo de Quirós, Pilar** (1999) *Civilité et politique aux origines de la nation argentine*, Paris, Publications de la Sorbonne.

**Halperín Donghi, Tulio** (1985) *Una Nación para el desierto Argentino*, (ed. especial), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

**Halperín Donghi, Tulio** (1994) "Une nouvelle image du passé colonial: Sarmiento et Alaman" en *Mémoires en devenir. Amérique Latine XVI-XX siècle* Colloque international de Paris 1er-3 décembre 1992 Edition préparé sous la responsabilité de François-Xavier Guerra. Maison des Pays Ibériques, Bordeaux.

**Halperín Donghi, Tulio** (1995) *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, T.II, Buenos Aires, Ariel.

**Ingenieros, José** (1957) *La evolución de las ideas argentinas OC T.V*, Buenos Aires, Elmer Editor.

**Nicolet, Claude** (1982) *L'idée républicainne en France*, Paris, Gallimard.

**Pocock, J.G.A.** (1975) *The Machiavellian moment*, Princeton University Press.

**Rosanvallon, Pierre** (1992) *Le sacre du citoyen*, Paris, Gallimard.

**Sábato, Hilda** (1998) *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana.

**Sarmiento, D.F.** (1852) "Estado de las Repúblicas sudamericanas a mediados de siglo. Memoria al Instituto histórico de Francia" (1950), O.C. *TVI*, Buenos Aires, Ed. Luz del Día.

**Sarmiento, D.F.** (1858) "Espíritu y condiciones de la historia en América", Memoria al Ateneo del Plata, en (1928) *Cuatro Conferencias*, prólogo de Alberto Palcos, Buenos Aires, El Ateneo.

**Sarmiento, D.F.** (1915) *Educación popular* (noticia preliminar de Ricardo Rojas), Buenos Aires, Librería La Facultad, de Juan Roldán.

**Sarmiento, D.F.** (1916) (1850) *Argirópolis, o la capital de los Estados confederados del Río de la Plata* (con Introducción biográfica de Ernesto Quesada) Buenos Aires, Ed. Claridad.

**Sarmiento, D.F.** (1927 4ª red.) (1845) *Facundo*, Introd. de Joaquín V. González, Bs.As., Ed. La Cultura Argentina.

**Sarmiento, D.F.** (1947) "Discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia", en (1850) *OC T. XXI*, Buenos Aires, Ed. Luz del Día.